Ensayo sobre la Cataláctica

Pablo Levín

"¿Acaso no aprendimos todas las leyes de la física en el colegio? La respuesta es 'sí' o 'no', según la interpretación. Nos habíamos familiarizado con conceptos y relaciones generales que nos permiten comprender un inmenso rango de experiencias y las tornan accesibles al tratamiento matemático. En cierto sentido esos conceptos y relaciones son, probablemente, definitivos. Esto es así, por ejemplo, en el caso de las leyes de la refracción de la luz, de las relaciones de la termodinámica clásica hasta donde se basa en los conceptos de presión, volumen, temperatura, calor y trabajo, y de la hipótesis de que no existe una máquina de movimiento perpetuo..."

Albert Einstein

La fuente de sustento de la sociedad humana es la Producción, la cual a su vez es la unidad de dos momentos: el momento natural, y el momento social.

El momento natural comprende un proceso de transformación técnico material, mediado por el trabajo humano, el cual es aquí una fuerza natural junto con otras fuerzas naturales; el momento social se concreta en la relación de ese carácter en la que los productos del trabajo se transforman en producto social.

Conforme a su desarrollo histórico, la producción presenta formas particulares. Una de estas formas es la producción de mercancías a la que, para abreviar, nos referiremos presuponiéndola en el marco del sistema mundial capitalista. El rasgo distintivo de la producción de mercancías reside en que en ella los dos momentos de la Producción no se encuentran en relación inmediata, sino que su unidad resulta del intercambio generalizado de bienes reproducibles. Sólo en ese intercambio
los trabajos individuales y sus productos respectivos cobran carácter social.

La economía política se ocupa de explicar cómo se consuma en la producción de mercancías la unidad de sus dos momentos esenciales; cuáles son por consiguiente los principios económicos que en esta sociedad particular gobiernan el proceso de reproducción social; cómo varían esos principios en las distintas etapas de desarrollo capitalista; y, por fin, cuáles son las leyes de transformación y por tanto de existencia histórica de este sistema.

Esas preguntas, de suyo, son previas a estas otras: ¿Está próximo el ocaso de la civilización capitalista? El capitalismo mismo, ¿es todavía compatible con el progreso de la sociedad, o acaso con su supervivencia? Si, como luce dramáticamente evidente, no lo fuera, ¿ha creado este sistema las condiciones de su superación, o el destino ineluctable de la humanidad es un estado de barbarie infernal?

La cataláctica, por su lado, capta y tiene por propio sólo un momento aislado de ese objeto, a saber, el intercambio de bienes. Considera las formas mercantiles de este intercambio como formas naturales de comportamiento humano en general. Así, cree inherente a la condición humana el carácter mercantil de las relaciones sociales.

Hasta aquí la cataláctica coincide con la representación común, no cultivada, que alcanzan espontáneamente los agentes del comercio de mercancías de su propio mundo social. Pero también, en distintos grados, la cataláctica alcanza el máximo

nivel de refinamiento analítico, convirtiéndose en materia de especialización profesional. Entonces no le basta simplemente desconocer la naturaleza histórica de la relación mercantil, sino que necesita hacer abstracción de ella de modo deliberado y meticuloso. Define entonces su objeto de reflexión, precisando que los individuos que entablan entre sí esta relación no tienen otra. Así, León Walras hace abstracción explícita de la reproducción de los objetos del intercambio, de modo que contempla los productos del trabajo humano en sus formas útiles acabadas, no como productos reproducibles, sino sólo como bienes de carácter alienable, determinados por sus cualidades y sus cantidades, que supone dados en composición y cantidad.

Dados, en efecto, dice Don Patinkin, “como el maná del cielo que descendió sobre el pueblo de Israel”. Explica ese mismo autor: “Los bienes disponibles en esa sociedad son producidos en cantidades fijas por fuerzas extrañas que los distribuyen en forma arbitraria y gratuita entre los individuos de la economía. El único problema económico de una economía de intercambio (como también suele llamarse, acotamos, la cataláctica) es entonces la redistribución óptima de estos bienes.”

Ese estado social inmejorable debe alcanzarse a partir de la dotación inicial sólo por el intercambio voluntario de bienes; su carácter óptimo consiste en que una vez alcanzado ningún individuo podría mejorar su posición sin empeorar la de otro. Para determinarlo bastan dos datos iniciales, que se suponen fijos e inamovibles, relativos a cada uno de los individuos: su dotación inicial de bienes y la estructura de sus preferencias. Cualquier juicio moral o explicación científica acerca de la distribución inicial, queda fuera de cuestión.

¿Hasta qué punto puede ser comprensible el proceso social si la reproducción económica y la distribución de la riqueza quedan fuera del escenario?

§

Siglo XX. Mientras el sistema de producción capitalista se desplegaba impetuoso, transformándose hacia el límite de su necesidad interior y de sus posibilidades, la economía política huía de su objeto.

La ciencia fugitiva quiso desvincularse de los compromisos teóricos contraídos por la economía política en el siglo de Ricardo y Marx. Urgíale sobre todo quitar de sus manos la brasa incandescente del socialismo científico. Decidió cambiar de nombre y, luego de sopesar algunos, optó por Economics. Con ese apodo devino certificadora científica oficial de la ideología dominante.

¿Cómo traducir esa denominación? El uso común la vierte como “economía”, pero esta palabra vale por “economy”, mientras Economics es un nombre propio. Otros le dicen “economía política”, con el nombre de la ciencia. Pero tal uso pasa por alto que la ciencia económica oficial, con arreglo a su objeto y a su propósito, se redujo a una disciplina menor y, dentro de ella, a una doctrina. Si esto se sobreentiende, y sólo entonces, podrá usarse “economía política” en sentido tropológico, a manera de sinécdoque, con intención irónica. Otros (menos dispuestos a las bromas y más apegados a la letra) han querido denominarla “económicas”. Recuerdan que W. S. Jevons, y Alfred Marshall, los autores que propusieron y consagraron el apelativo Economics, bautizaron esta modalidad de pensamiento económico con un vocablo ad hoc; y sugieren volcarlo como “económicas”, o “las económicas”.

Pero mucho antes que Marshall consagrara el apodo entre una cofradía de colegas amnésicos, y mucho antes que se suscitara la insulsa cuestión de cómo traducirlo, la criatura tenía nombre propio y apropiado. John Ruskin y R. Whately habían declarado que entendían la economía política como la ciencia del intercambio; a la cual, evocando un uso más antiguo, denominaban Catallactics. Recordar aquí su nombre bautismal nos ayudará a comprender el lugar de la cataláctica del siglo XX en el continuo/discontinuo de la historia del pensamiento económico moderno. Este reconocimiento pondrá en cuestión su originalidad, pero, acaso paradójicamente, no irá en menoscabo de sus méritos, sino que ayudará a hacerles justicia.

Y contribuirá también a corregir una opinión, equivocada, que atribuye el nacimiento de la ortodoxia del siglo XX a una revolución del pensamiento económico acontecida hacia los finales del siglo XIX. Unas veces la predican marginalista, otras neoclásica, y se dice que tuvo un auténtico carácter copernicano, ya que habría liberado al pensamiento económico de la economía política precientífica, metafísica y ptolomeica. Hubo, sí, una gran revolución del pensamiento en el origen de la
cataláctica. Y fue, puede y debe decirse, auténticamente copernicana. Pero aconteció tres siglos y medio antes de lo que se cree. No liberó al pensamiento económico de la economía política, sino que preparó y anticipó la creación de la economía política moderna, al emancipar el pensamiento económico de la doctrina aristotélica y la teología medioeval. No fueron sus protagonistas Jevons y Menger, ni siquiera Walras y Pareto, etc.; lo fueron los sabios fundadores de la ciencia moderna. Entre ellos: ¡el mismo Copérnico!

Hoy tiene que estar claro que los conceptos fundamentales y las leyes teóricas de la cataláctica del siglo XX habían sido enunciados mucho más temprano que los tiempos de Edgeworth, Marshall, o Hicks, incluso mucho antes de 1776. Los reseñaremos brevemente más abajo. La cuestión es que cuando la ortodoxia del XX, que abogaba por las prescripciones del laissez faire, creyó descubrir los fundamentos teóricos de esa política, no estaba en condiciones de reconocer esos mismos fundamentos en los escritos económicos de antecesores tan remotos y poco recomendables como los mercantilistas del siglo XVII, famosos partidarios de la política contraria, para colmo tachados de fanáticos. John Keynes parece adivinar genes suyos propios en sus antecesores mercantilistas, pero lo que seguramente despierta su reconocimiento son las políticas que ellos aconsejaron al príncipe o al monarca, más que, de suyo, sus teorías catalácticas sobre las leyes del mercado, la moneda, el interés, y el dinero.

Mas así como la cataláctica nueva (o novedosa) nació rechazando la economía política, ésta por su parte llegaba al siglo XX con una falla de nacimiento, fuente de muchas otras. Era que no supo recoger el legado de la cataláctica anterior, ni, por ende, a su vez, legarlo; sino que, confundiéndolo con tantos otros escombros perdidos entre las ruinas del régimen absolutista, lo trató de un modo extrínseco, desdeñoso y, en definitiva, estéril. Aún así, los ladrillos del edificio que no fue, estaban disponibles en la época de Ricardo. Podemos figurarnos cuán próxima estuvo a consumarse la síntesis en el diálogo personal entre Hume y Smith, exponentes principales, a la vez, de la vieja cataláctica y de la nueva ciencia económica, y podemos especular asimismo que algo de esa síntesis pudo haber tomado la forma y la sustancia del concepto en los escritos económicos de Hegel que, por un accidente absurdo, se perdieron. Y sabemos con certeza cuán cerca

estuvo de lograrla el propio Marx. Pero faltaban dos condiciones que brindaría el siglo XX: su desarrollo económico real, ¡y su cataláctica!

Vistiendo el ropaje de todas las escuelas y todas las doctrinas, y a veces de ninguna, la cataláctica atraviesa toda la historia del pensamiento económico moderno, y ora sirve a una clase, ora a la opuesta. Pero (como se verá en la reseña que sigue), hasta llegar a cierto punto de su desarrollo, la cataláctica es una ciencia profusa y difusa, que formula sus leyes manteniéndolas dispersas, sin un concepto que las unifique. Si se acepta la distinción entre el comienzo de la ciencia y su principio, y se admite que el primero debe ser inmediato y el segundo no puede serlo, entonces se entiende que la relación entre la cataláctica y la economía política consiste en esto: la cataláctica tiene su principio en la economía política, éste tiene su comienzo en aquélla, y la crítica de la economía política debe unirlas transformándolas a ambas. La economía política de Smith y Ricardo no pudo recibir, entonces, esa unidad conceptual ya consagrada, sino que debía primero desplegarse abstractamente y luego retornar volviéndose sobre sí misma y recrear la cataláctica, recibiéndola a la vez que la transformaba. Esa tarea es descubierta e iniciada por Marx. Completarla es misión del presente. Esta misión se facilita por obra de la cataláctica del siglo XX, que desarrolló un lenguaje preciso para transformarse ella misma en teoría de la primera figura de la mercancía y exponer la dialéctica del valor y el valor mercantil, todo ello ya dentro de la economía política.

De hecho, Smith y Ricardo debieron dar cabida en sus teorías respectivas a una versión simplificada y empobrecida de la cataláctica, y la incorporan a la noción de valor mercantil de un modo anodino y extrínseco, desdeñando el importante legado teórico acumulado desde el siglo XVI. Marx deja incompleta la crítica de sus predecesores al omitir este aspecto; él mismo parte de la cataláctica ya destilada por la primera economía política, y paga por ello un precio, ya que esa cataláctica no ofrece las articulaciones internas necesarias para que su crítica cobre el carácter inmanente, transformativo, que él quiere y debe imprimirle.

La regresión filosófica expresada en la cataláctica del siglo XX descubre un campo baldío y toma posesión de él en nombre de la visión hegemónica. No fue obligado a dar razón ni batalla contra los representantes de la doctrina clásica: la propia escuela ricardiana, exánime, estaba eliminada por omisión. No hubo rivales. La teoría de Marx, por importantes que fueran sus avances, y principalmente debido a esos mismos avances, era impresentable como sustento de la ideología dominante. Así, la ortodoxia económica de la época del capital tecnológico se instala, naturalmente; sólo los pleitos internos le brindan animación y algún vuelo, por algunas décadas.

Para defender el trono que halló vacante le basta luego valerse de artificios mudos, regulaciones, “políticas” institucionales, situaciones de hecho. El despotismo que impera más eficazmente sobre la producción científica subsumida por el capital va contra la forma, pero no contra el formalismo, de la libertad de pensamiento, y de investigación. No se ejerce modo explícito sobre conceptos o “contenidos”; bástale establecer la “infraestructura” institucional de la producción científica, delimitar astutamente los campos del conocimiento especializados, y trazar en ellos parcelamientos curriculares ajenos al concepto, para que el objeto de toda disciplina particular se torne apenas inteligible. Luego, la manipulación delicadamente extorsiva de reconocimientos y subsidios hace el resto.

Sin embargo, aún así, para permanecer tan largamente en el sitial tan codiciado

(durante los tiempos de mayor conmoción histórica), debió dar alguna vez un fruto; y así fue, como luego tendremos oportunidad de reconocer. Mas lo cierto es que a mediados de siglo esta cataláctica ya había alcanzado la llamada “síntesis neoclásica”. Después sus rendimientos fueron propiamente marginales, y declinantes, y hoy parece estar cayendo finalmente en desgracia. Pero esto último no es como castigo porque no aprendió a explicar el presente histórico, ni -menos aún- porque aprendió a no explicarlo; no la zurran las centrales de reconocimiento académico, ni las agencias de financiamiento de la ciencia le escatiman recursos, para corregir sus vicios comprobados, a saber: su abandono de los grandes problemas del desarrollo capitalista, su complicidad con la ideología encubridora, su formalismo vacuo. Ha devenido víctima de una intolerancia que crece, dirigida contra sus méritos y virtudes: se la tacha de “teórica”, calificativo que otrora pudo haber sido elogioso, pero que en circunstancias presentes resulta poco menos que infamante. En esos mismos cenáculos que dictaminan sobre conocimientos y reconocimientos, sobre razones y raciones, prevalece un talante anti-intelectual. No es la marginación de la teoría “marginalista”, lo que acontece, sino la marginación de la teoría.

La aprensión se justifica. Si algo enseña la historia del pensamiento universal (filosófico, científico), es que toda doctrina particular ayudará al progreso de la ciencia en la medida en que es rigurosamente consecuente con sus principios, y los desarrolle rigurosamente hasta agotar sus consecuencias; esta potencialidad es común a toda las teorías, no importa si su cosecha directa es espléndida y pletórica, o escuálida y magra, o casi nula. Para el caso, el aporte de la cataláctica del siglo XX a la economía política no carece de significación, aunque la doctrina misma es poco capaz (como antaño fueron otras) de distinguir su propio fruto, y comprender su trascendencia. Ese aporte encontrará su medida en una síntesis, no ya neoclásica, sino de otro carácter.

Ahora bien, la crítica científica de una doctrina económica tiene ante sí una tarea compleja, que se centra en descubrir su verdad, y desarrollarla. Pero lo que distingue al crítico del mero continuador de una teoría es que aquél, además de proseguirla, tiene que desarmar una trampa ideológica que la tiene a su servicio. La misma responsabilidad científica que le obliga a superar la opinión propia, le impone la prueba de ganar la opinión pública. Por cierto, la verdad científica no tiene su fundamento en el juicio de la mayoría, ni apela a él. La historia nos cuenta cuánto, por el contrario, lo contraría. Pero en todas las cuestiones que atañen a la moral y a la ética, como señala David Hume (y añade: “lo mismo que al criticismo”), la opinión pública es el único criterio que puede decidir cualquier debate. La lucha de clases dirime la controversia. La ciencia, creemos, tiene a la larga la última palabra (condicionada y provisoria), pero sólo muy raramente está en ventaja; y pertenece a la historicidad del concepto de la economía política que su verdad es ignorada por la opinión general.

El concepto de ideología es subsidiario del concepto de dominación, y éste tiene como premisa el consentimiento de la parte dominada, e incluso su cooperación. Esto se aplica al caso de la cataláctica: su triunfo hubiera sido inexplicable (y acaso imposible) sin la defección de la economía política. Su crítica, por consiguiente, no puede ser completa si no se extiende a la crítica de las tradiciones marxistas y ricardianas del siglo (aún cuando no siempre es posible distinguirlas una de la otra). El cerrojo ideológico se refuerza cuando varias corrientes de opinión formalmente antagónicas entre sí coinciden en un contenido esencial (como lo ilustra la ideología de la Guerra Fría): el consenso entre contendientes luce para los incautos como

una
prueba de verdad. La misma dinámica polar operó en los fundamentos mismos de la ciencia económica de un modo particularmente letal, instalando un duelo ficticio entre dos teorías del valor, caracterizadas como subjetiva y objetiva, respectivamente. Basta comprender que el concepto del valor involucra necesariamente una dialéctica entre sujeto y objeto, para comprender que, en tanto unilaterales, ambas teorías son falsas.

Trabadas en duelo mortal, la ciencia y la ideología se penetran sin embargo recíprocamente, y por eso es necesaria y ardua la tarea de la crítica. Pero algunos de los ardides más eficaces de la ideología son relativamente toscos. Uno de sus trucos en la economía política consiste en escamotear su objeto y reemplazarlo por el de la cataláctica, a la vez más estrecho y más amplio. Es más estrecho por el cercenamiento del concepto de reproducción del capital, y por ende de los fundamentos del valor y del plusvalor: semejante amputación quita sentido a la pregunta misma sobre las leyes de movimiento y transformación del sistema, y por su finitud histórica. Y es, a la vez, más amplio, porque al no distinguir la historicidad de las formas económicas modernas, reduce la especie al género: no se pregunta, por ejemplo, porqué y cómo en circunstancias históricas determinadas el producto social reviste la forma de mercancía, sino que reduce las categorías económicas modernas a su contenido praxiológico más abstracto. En el extremo, la ciencia económica ya no es siquiera una cataláctica. Su definición se tornará más y más abstracta, y comprenderá desde el comportamiento racional en general, que usa bienes escasos para satisfacer necesidades múltiples (Robbins); hasta la célebre unificación de todos los problemas económicos, concebidos como otras tantas funciones matemáticas a maximizar con restricciones (Samuelson). La especie se reduce al género abstracto, y se pierde.

Estas vacuidades ayudan a retardar el progreso de la ciencia. Nunca, en diálogo abierto, hubieran podido ganar y retener el título de ciencia oficial, y, menos aún, eclipsar por un siglo la perspectiva abierta por Das Kapital. Hoy costaría entender ese éxito de opinión, y hasta creerlo posible, si no se tuviera en cuenta cuánto ayudó a mantenerlo el retroceso que por su parte padeció la teoría socialista, que no quiso o no supo retomar y proseguir la crítica de la economía política; los discípulos de Marx desconocieron su concepto de forma del valor, e ignoraron, en consecuencia, la dialéctica entre las determinaciones genéricas de la producción económica y sus formas históricas específicas (mercancía, dinero, capital), la cual quedó fuera de su alcance. Abroquelada en el dogmatismo, la escuela marxista abandonó de hecho la investigación iniciada por el maestro, no supo dar cuenta del giro que tomó la historia del capitalismo después de su muerte, y, en definitiva, incluso oponiéndose sinceramente a la ideología dominante, entró en complicidad simbiótica con ella.

La cataláctica es un capítulo necesario de la economía política. Fuera de ésta la “ciencia de los intercambios” toma otro rumbo: sea el de una antropología particular, como en Marcel Mauss, sea el de una praxiología general, como en Ludwig Von Mises. Por eso el primer cuidado de la economía política es concebir la relación entre otras catalácticas, y la suya propia: ésta debe llevar impresas las determinaciones específicas de la mercancía.

Por su parte, la cataláctica vulgar capta las propiedades de la mercancía pero estudia la mercancía de modo irreflexivo, sin saber, ni preguntarse, qué es. Se da pábulo así a la ilusión de carácter ideológico, denunciada vigorosamente por Marx,

para la cual las formas económicas de la sociedad capitalista son formas eternas, genéricas, acordes a la condición humana, cualquiera sea el grado de su desarrollo histórico. De allí esas definiciones praxiológicas, genéricas, ahistóricas, de la ciencia económica considerada como el estudio del comportamiento racional que utiliza óptimamente los recursos dados, etc. Un antídoto eficaz contra esas generalidades es enfatizar las propiedades específicas de la mercancía, contrastándolas con otras formas de intercambio de bienes. En particular, con el intercambio de dones, tal como lo describe clásicamente Marcel Mauss en su Ensayo sobre el don.

En efecto. En el don se relacionan un donante y un donatario; en el mercado, un demandante y un oferente, un vendedor y un comprador. La primera relación expresa una jerarquía social, la segunda presupone la igualdad de las partes. Correlativamente, el don se impone, la mercancía se ofrece. La aceptación de uno es obligatoria, de la otra, voluntaria, facultativa. En ambos casos, tratándose de intercambio, éste comprende prestación y contraprestación; pero en el don la contraprestación debe ser largamente diferida y no puede estipularse de antemano, mientras en la mercancía debe ser estipulada en tiempo y forma antes de cerrarse la transacción. El pago al contado, o la cancelación de la deuda en las condiciones pactadas, desvincula a las partes; mientras la deuda donática se reconoce con expresiones de gratitud, y su cumplimiento es vigilado y garantizado por deidades o fuerzas mágicas. La relación entre el donante y el donatario es personal y se prolonga en el tiempo, en el círculo de una cultura particular; mientras que el nexo social característico del individuo determinado como homo mercator es impersonal, evanescente, universal.

Ahora bien, la cataláctica puesta en el medio de la economía política deja de ser “ciencia del intercambio” en general, para ser, más determinadamente, la ciencia del intercambio de mercancías. Aunque pertenece a la economía política, y aunque su objeto es esencialmente ininteligible fuera de ella, su nacimiento la precedió en varios siglos. Ocurrió en verdad como un episodio significativo de la gran revolución del intelecto humano que dio luz a la ciencia moderna. El mismo Nicolás Copérnico, protagonista principal de esa obra sin par, fue también uno de los fundadores de la cataláctica.

Las leyes de la cataláctica son a la economía política algo así como son las leyes de la termodinámica a la teoría de la relatividad. También aquéllas son “conceptos y relaciones generales que nos permiten comprender un inmenso rango de experiencias y las tornan accesibles al tratamiento matemático”, y también sus principios, en el mismo sentido, “son, probablemente, definitivos”. Por eso debemos apreciar la necesidad y la limitación de estos conocimientos. Pero no cabe enteramente compararla con el observador que presencia un juego de cartas sin entender sus reglas, porque algunas logra dilucidar. Las generalizaciones de la cataláctica sobre la producción de mercancías captan las leyes generales del movimiento aparente de las mercancías, y las atribuyen a causas inmediatas, que el observador puede corroborar en su doble calidad de espectador y actor. Pero no sabe aún distinguir las determinaciones relevantes de las circunstanciales, explicar el juego.

Los albores del pensamiento económico moderno aparecen anticipadamente en la baja edad media (acaso entre los discípulos tardíos de Okham), pero las leyes de la cataláctica fueron establecidas en el período comprendido entre los siglos XVI y XVIII. La más temprana fue enunciada por Copérnico en su Tractatus monetis

(aunque suele atribuirse equivocadamente a Gresham, un autor algo más tardío, que nunca enunció la ley epónima). La ley de Copérnico estipula que la mala moneda queda en la circulación y la buena es expulsada de ella. Es una verdad que se confirma incluso por introspección: cada vez que se nos presenta la ocasión de saldar nuestros pagos en efectivo con monedas gastadas o defectuosas, para conservar en nuestro efectivo las piezas más sanas, esta ley nos recuerda que el homo mercator viene cometiendo secretamente este pecadillo burgués, el más leve de todos, por lo menos desde los tiempos del Renacimiento. Podría parecer que la cosa no pasa de ser una trivialidad, o una mera curiosidad histórica.

Veremos que no es así. Las principales leyes de la cataláctica –incluida la que acabamos de recordar- fueron enunciadas entre los siglos XVI y XVIII. Vamos a enumerarlas muy brevemente, prescindiendo, por comodidad, del orden cronológico. Debemos recordar ante todo la más modesta y menos celebrada de todas ellas: la ley de la tendencia a la igualación de los precios de las mercancías semejantes entre sí. Geminiano Montanari recurrió a la metáfora de los vasos comunicantes para explicar esta tendencia de los precios de bienes iguales entre sí en cantidad y calidad. También ella es obvia, a tal punto que puede parecer obviable y, de hecho, la ley de Montanari, así la llamamos nosotros, rara vez se menciona. Pero reflexiónese sobre esto, y se deberá admitir que la cataláctica y la economía política modernas presuponen la ley de Montanari. Poco son sin ella.

La ley de Montanari a su vez considera las mercancías como bienes, y a éstos como valores de uso determinados cualitativa y cuantitativamente. Cada uno de ellos es un ejemplar, un espécimen de una clase particular, un elemento de un conjunto homogéneo. La homogeneidad atañe aquí al aspecto cualitativo. Hay mercancías singulares, únicas en su clase, pero por lo general las mercancías se clasifican; los conjuntos sobre los que versa la clasificación son de carácter múltiple. Estos son las premisas de todas las nociones catalácticas, como la de precios generales, etc., y lo son también de los conceptos económicos genéricos y específicos, como los de técnica, reproducción, ventajas comparativas, valor, valor mercantil.

Se ha objetado que la homogeneidad de las clases de mercancías no se confirma en la práctica, y se ha pretendido hacer valer esta observación contra las generalizaciones de la cataláctica, para cuestionar su “realismo”. En lo que atañe a la verificación empírica la observación es justa: en efecto, basta realizar comparaciones suficientemente precisas de dos ejemplares cualesquiera de una misma clase de bienes para comprobar que en algo difieren. Pero el cuestionamiento se refuta a sí mismo, ya que al inquirir sobre propiedades de un conjunto se presupone el conjunto. La distinción relevante no es de carácter dicotómico, sino que se está frente a grados de homogeneidad (y por ende a grados de diversidad). Para no extendernos en esto, apuntemos que el desarrollo tecnológico permite establecer patrones más y más precisos, en cada caso con un margen de tolerancia especificado.

Entre las leyes de la cataláctica, ninguna alcanzó tanta popularidad ni tanto consenso como la ley “de la oferta y la demanda”. En las postrimerías del siglo XVII Nicholas Barbon comenta con claridad lo que seguramente se venía observando desde mucho tiempo antes, a saber, que los precios tienden a moverse en el sentido adecuado para igualar las cantidades ofrecidas y demandadas.

Lo más próximo a una síntesis alcanzada por la cataláctica mercantilista de las leyes de Copérnico, Montanari y Barbon es su teoría de los medios de circulación,

que conjuga las anteriores. Es la misma que llevando el rótulo de “teoría cuantitativa” será una de las banderas de la cataláctica del siglo XX. Esta última aventaja a su antecesora en los estándares académicos fijados por ella misma, y por tanto también y mucho en elegancia y precisión. Pero confunde la moneda con el dinero. En contraste, la cataláctica mercantilista tiene un nítido barrunto de la diferencia entre dinero y moneda, que aparece ya en la ley de Copérnico, la cual testimonia el inicio histórico del proceso de diferenciación de los sistemas dinerarios, y toma forma teórica, aunque no llega al concepto, en la enunciación de dos leyes distintas sobre la relación entre el nivel general de precios y la cantidad de medios de circulación.

No son “teorías” discrepantes, sino que una misma teoría describe dos sistemas dinerarios distintos. En un sistema dinerario no diferenciado el dinero circula directamente como medio de circulación. Aquí, dada su velocidad de circulación, la cantidad de dinero necesario para realizar una determinada masa de metamorfosis depende del valor del dinero y del valor de las mercancías, y la mercancía dineraria será atraída a la circulación si esa cantidad es menor, y será expulsada de la misma si es mayor. La inflación o deflación temporarias pueden tener un efecto de reanimación temporario de los negocios, y su eliminación tiende a anular la balanza comercial. Esto último es el efecto Hume, base de su crítica contra las políticas mercantiles.

En un sistema dinerario diferenciado el dinero no circula sino por medio de una moneda signo. Dadas las circunstancias enunciadas, en este caso la masa de medios de circulación determina el nivel de precios. Aquí la teoría coincide con la llamada “teoría cuantitativa de la moneda” que la cataláctica del siglo XX resume en las ecuaciones (M=KPT y MV=PT) que, dice Don Patinkin, “son el patio de desfile donde los economistas neoclásicos hacen marchar la teoría cuantitativa de la moneda”. Estas nociones encuentran su concepto en la teoría dineraria de la Contribución y la Primera Sección, capítulo III, del primer tomo, y en la Sección Quinta del tercero, de Das Kapital.

Esta reseña demasiado breve no puede pasar por alto las importantes intuiciones teóricas de los mercantilistas (reconocidas por Marx) sobre la polaridad asimétrica conformada por la mercancía y el dinero: el carácter sólo condicionalmente cambiable de una, la cambiabilidad absoluta del otro. Debe subrayar asimismo su comprensión de la forma del capital del cual ellos mismos constituyen la expresión teórica, vale decir, el capital comercial: coligen claramente que la suma algebraica agregada de las ganancias de este capital es nula. En el marco del capitalismo comercial comprenden las determinaciones de la tasa de interés, el papel de esta tasa en el ajuste económico, y que en la sociedad como un todo la suma algebraica de las ganancias por negocios de compraventa (“profit upon alienation”) es nula. El notable mercantilista tardío James Steuart, contemporáneo de Smith, a quien Marx se refiere en términos elogiosos, establece la frontera entre la cataláctica y la economía política, al distinguir entre las ganancias comerciales de agregado nulo y el produit net de los fisiócratas, y califica a aquéllas como relativas y a éstas, que coincidirán con el plusvalor, como absolutas.

Dos siglos más tarde, León Walras, uno de los primeros y principales exponentes de la cataláctica del siglo XX, refinará la ley de Barbon desplegando algunas importantes precisiones e implicaciones de la misma (aunque no la principal, a saber, la discrepancia entre el valor mercantil y el valor), y generalizándola bajo la forma de teoría de equilibrio general de los mercados. Satisface esa condición un

conjunto de precios (sobre el que la escuela debatirá fructíferamente sobre su carácter único o múltiple, estable o no, etc.), que igualan simultáneamente las cantidades ofrecidas y las demandadas de todas y cada una de las mercancías. Cuando ello se verifica, todos los agentes que desean cerrar trato a esos precios pueden hacerlo, y lo hacen (con la autorización del árbitro); los mercados, se dice entonces, están “despejados”. Cabe que un mercado esté en equilibrio mientras otros no lo están; pero todo mercado estará necesariamente en equilibrio si los restantes mercados están en equilibrio. Tal es la generalización walrasiana de la ley de Barbon; este enunciado, sin embargo, ya no es el de una ley: es una tautología.

Ese autor identificó los supuestos de la cataláctica mercantil y, ateniéndose estrictamente a ellos, la llevó a sus conclusiones lógicas necesarias, las cuales resultan, en sus propios términos, insostenibles. Pero puesto que desconoce la reproducción, se abstiene de seguir adelante, más allá de la cataláctica, incorporándola a la economía política. Su contribución consiste esencialmente en haber abstraído de la cataláctica toda consideración que no pertenece inmediatamente a ella. Para ayudar a comprender la naturaleza de la mercancía acudió valerosamente a artificios analíticos que parecen transgredir la naturaleza de la mercancía; todos ellos sorprendentes, como suponer que las ofertas son no vinculantes y las transacciones son reversibles; que el tatônnement del mercado es presidido por un árbitro extrasocial; que el cierre de todas las transacciones, no obstante el carácter de éstas, eminentemente voluntario, debe contar con la autorización de dicho árbitro. Mediante semejantes procedimientos aísla la circulación de las mercancías, haciendo abstracción explícitamente del proceso de reproducción de las mismas. Esto lo pone por encima de los pseudo-críticos que le reprochan la falta de verdad de sus supuestos. No se lo propuso, ni lo supo, pero allanó enormemente el camino para que hoy expliquemos la teoría de Ricardo y aclaremos su ley de valor: ésta ley rige el movimiento de los precios de equilibrio en el sentido walrasiano. Cuando el propio Walras hace abstracción del proceso de reproducción (llamándolo, hay que notarlo, por su nombre) cree estar refutando a David Ricardo. Huelga decir que no entendió cabalmente el alcance de su propia contribución, y deja a otros la tarea de recoger su cosecha. Esa tarea no es para la cataláctica.

Se comprobará en la síntesis producida por los nuevos avances de la crítica, pero sólo allí, hasta qué punto la ciencia económica futura quedará en deuda con ese autor y algunos de sus seguidores en la primera mitad del siglo XX por su contribución singular más importante, y menos reconocida; que no es ni conceptual, ni teórica, ni siquiera metodológica, sino que consiste en un ejemplo de coherencia y consecuencia con su propio principio, a saber: explicar la configuración del sistema
de producción de mercancías ateniéndose estrictamente al comportamiento de los agentes individuales. Por su parte, la economía política, incluso la más avanzada críticamente, no pudo nunca quedarse en esta etapa preliminar, cataláctica, del concepto, pero paga su precio por no haberse detenido en ella suficientemente hasta encontrar las articulaciones internas necesarias para superarla; y por haber salido de ella, en cambio, prematuramente.

El siglo XX oficial presta reconocimiento a Walras como si fuera autor de una teoría del equilibrio económico general. Claramente no es así, ni puede serlo, ya que ese autor hace caso omiso del proceso reproductivo. Sin embargo, o por ello mismo, su contribución es significativa. Mediante esa abstracción, precisamente, ateniéndose consecuentemente a ella, separa nítidamente el ámbito de circulación de

mercancías, posibilitando el análisis exhaustivo de la mercancía en su primera figura, es decir, en su forma inmediatamente aparencial; sus arbitrios analíticos (unidos a otros aportados por la cataláctica ortodoxa posterior, como el artificio de la "semana" de John Hicks, y los refinamientos analíticos de nociones más antiguas, como el principio de sustitución, que ponen el sello de la escuela), dejaron preparado el terreno para la mejor comprensión de las leyes específicamente mercantiles de la cataláctica, facilitando la fertilización de la economía política con el momento cataláctico, vale decir, en principio, la tan demorada síntesis entre la cataláctica y la economía política clásica.

El aporte de Walras es su teoría del equilibrio general de los mercados. Con ella dejó desbrozado el terreno para la tarea de la crítica auténtica: la de exponer la cataláctica, descubrir sus transiciones internas, superarla por medio de ellas, ponerla en el concepto de Forma del Valor, y transformar este concepto en otro, todavía de cuño marxiano, pero ausente en Marx: el de Valor Mercantil.

Con León Walras arranca la cataláctica del siglo XX. No desmerece su aporte, pero permite comprender el significado del mismo, comprobar la semejanza sorprendente (mutatis mutandi) entre dos actos de nacimiento, tan separados en el tiempo:
de un lado el surgimiento de la cataláctica de la época del capital tecnológico, de otro lado el de su remota antecesora, la cataláctica de la época del capital comercial, que, concebida en la Baja Edad Media, vio la luz en el Renacimiento, y todavía brilló ella misma en el Siglo de las Luces. Ambas catalácticas apuntan al concepto de forma mercantil del valor o forma del valor mercantil. Pero no pueden alcanzarlo, ya que carecen de los conceptos de valor y de reproducción. Y es más aún: las dos nacieron desprendiéndose decidida y deliberadamente de esos conceptos.

Ambos orígenes atestiguan asimismo mudanzas de gran alcance en el pensamiento filosófico y político de sus épocas respectivas. El paso inicial de la cataláctica de la época del capital comercial y de los estados nacionales colonialistas (y también el primer paso del pensamiento económico moderno en todos los campos del saber) fue desencadenarse de la rémora aristotélico-tomista y, con ella, del concepto arcaico de Valor del que habían sido portadoras la filosofía clásica antigua y la teología medioeval. Desechada la Fe como fuente de verdad, abordando el problema de la formación de los precios, separadamente del problema de su equidad o su justicia; habiendo quemado todas (¿?) las naves que pudieran llevarlo de regreso a la fe en la autoridad y en sus testimonios de lo divino, el pensamiento devenido científico debe valerse exclusivamente de la experiencia y la razón, recíprocamente mediadas, y de la fuerza unificadora del concepto.

Tres siglos más tarde la cataláctica de la época del capital tecnológico abraza la misión de quemar otras naves, armadas en los astilleros de la Ilustración, que unen inseparablemente, en ambos sentidos, la economía política con la filosofía, entendida ésta como la entiende Adam Smith, a saber, como "la ciencia de los principios conectivos de la naturaleza".

La primera cataláctica nace dentro del cascarón de las doctrinas mercantilistas, pero ella misma hará saltar ese envoltorio tenebroso, como consecuencia de su propio desarrollo inmanente, vale decir, de su contenido teórico, y si bien no será ella la
que aporte el principal fundamento económico de las revoluciones burguesas (ya que el mismo será aportado por la economía política), es la cataláctica la que

tomará las armas contra el antiguo régimen, volviendo contra él las suyas propias. Smith y Hume representan, respectivamente, la positividad y la negatividad abstractas; tocará luego a la crítica de la economía política desarrollar la dialéctica entre ambas.

Así, en el ocaso del capitalismo mercantil y colonial, en la efervescencia intelectual del mundo burgués triunfante, la teoría económica que venía madurando en las doctrinas mercantilistas entra también ella en la efervescencia intelectual apoteósica de la época de las revoluciones burguesas y se convierte en una fuente, entre las más potentes, de las Luces; en verdad, en una luz ella misma, que ilumina los reclamos de la sociedad civil, y los eleva a la par de los reclamos de la sociedad política. Los derechos del burgués serán proclamados junto a los del ciudadano; los del homo mercator, elevados a la altura a los derechos mistificados del Hombre; el derecho a la propiedad privada, junto al de representación política. Inseparable, para la filosofía moral y política de la época, de la exigencia de libertad de pensamiento, e igualmente irrenunciable, se elevará el reclamo de libertad de comercio.

El imperio de la libertad debe coincidir con el imperio de la ley, porque los legisladores y los gobernantes serán mandatarios del ciudadano, y el hombre libre se reservará el sagrado derecho de rebelión contra las imposiciones de todo Estado en el que él no se tuviese por debidamente representado. Así, imperarían para siempre sobre la faz de la Tierra, y se conjugarían prestándose luz y sostén unos a otros, los fundamentos de la condición humana: la igualdad jurídica de todos los hombres, la razón y la justicia, el progreso económico indefinido, las libertades del burgués y las del ciudadano, los derechos de las personas, la felicidad de la mayoría...

Las que según su concepto debían ser conquistas definitivas de la Humanidad, las promesas de la Ilustración, tenían en el Estado moderno su rutilante encarnación, y conferían a éste el poder de renovarlas, y ese poder era la base de la dominación de clase consentida. Hoy el encantamiento se disipó para siempre. El estado capitalista carece de todo remedo de espiritualidad, y no invoca otro origen que la violencia y la extorsión.

La economía política fue criatura directa y dilecta de las revoluciones burguesas que en los siglos XVII y XVIII hicieron destellar vislumbres de civilización universal (en Holanda, Inglaterra, Francia, Norteamérica). No pudieron ni quisieron eliminar para siempre las instituciones abominables de un pasado que ya nunca será humano: la servidumbre, la esclavitud, el colonialismo, y sus secuelas de discriminación, superstición, dogma, ignorancia; pero les asestaron heridas fatales. Contra la revelación y la fe quedan proclamadas la razón y la experiencia, de allí en más el sólo sustento del saber verdadero; contra el derecho divino de los reyes queda establecida la soberanía popular, único y último fundamento de la legitimidad del Estado. Contra el Estado absoluto, el Estado moderno. Pero las acusaciones y las denuncias de filo más cortante vienen de la cataláctica, desertora entonces de la causa del absolutismo: Similia similibus curantur.

Cual lo será mañana de la causa capitalista, cuando, como un momento necesario y fundamental de la crítica de la economía política, guíe a los trabajadores más avanzados en la comprensión científica en la época de la sociedad de transición, cuando la lucha de clases tenga un nuevo escenario que era desconocido en el siglo XX, a saber, la planificación de subsistemas de capital diferenciado. En el

ocaso del capitalismo, en las vísperas históricas de la extinción de la mercancía, el dinero y el capital, el conocimiento científico de su naturaleza no será menos apremiante ni menos exigente, sino más; ni tendrán menos vigencia los ideales burgueses de libertad, igualdad, fraternidad, sino que recién entonces la cobrarán plenamente: cuando su realización universal haya sido inscripta en la agenda histórica, por los mismos trabajadores: Contraria contrariis curantur.

§

David Hume, siguiendo en esto a Cantillon, demuestra que las políticas proteccionistas enderezadas a lograr una balanza comercial positiva y elevada, son fútiles y, más aún, adversas a su mismo propósito. Con esto, el filósofo no hace sino llevar críticamente hasta sus últimas consecuencias las teorías económicas albergadas en los tuétanos mismos de las doctrinas mercantilistas que propugnaban tales políticas.

Esta crítica es poderosa, por ser inmanente. Su fuerza transformativa, empero, no es instalada por Smith y Ricardo en la economía política; se limitan a rechazarla, y como consecuencia de esto la economía política cargará con una debilidad congénita. La debilidad de su fuerza unificadora se hará sentir en el desprendimiento de la cataláctica; no sólo permanecerá ésta como disciplina separada, sino que incluso se instalará a lo grande durante un siglo como economía política vicaria. Arrancada de sus raíces conceptuales que se hunden en la economía política, queda reducida a uno u otro extremo abstracto, el de Walras/Pareto, el de la escuela austríaca: en uno, se circunscribe a la forma particular aparente de la mercancía sin distinguir ni por ende comprender la particularidad, e incapaz de trascender la apariencia; en el otro, se expande a una praxiología genérica, donde las huellas de las relaciones y estructuras específicamente mercantiles quedan diluidas en su momento universal.

Marx prolongó la economía política, creando los fundamentos necesarios para la subsunción, por ella, de una cataláctica conceptualmente integrada en la teoría del capital. La cataláctica es superada en principio, vale decir, eliminada, recreada, e integrada, conservada y transformada, en algunas de sus teorías: en la forma del valor, la génesis del dinero, la unidad de las funciones del dinero, la rotación del capital. Asimismo, en su exposición de las transformaciones que sufre la ley del valor en el medio del capital, como consecuencia de determinaciones del capital en su primera figura (velocidad de rotación del capital), y del capital en su segunda figura (composición orgánica del capital), etc. La ley del valor se conserva pero se ha transformado, trocándose en ley del plusvalor.

Fue una generosa opción la suya al concebir un programa de investigación que no era menos que el programa de una época histórica. Su dimensión desbordaría, no podía ignorarlo, la parcela de una vida individual. Falleció en 1883. La inmensa fama
que conoció su libro, sin parangón con otra de los tiempos modernos, enmascara para muchos su suerte verdadera: logró casi todos los premios menos el más importante y más merecido: que una nueva camada de investigadores reiniciara su proyecto, y lo realizara. El siglo XX se vio a sí mismo dividido en dos bandos, el de los detractores y el de los partidarios de Marx. Ninguna de estas posiciones es propicia para retomar la crítica de la economía política, fertilizándola con la cataláctica. Para ambas los aportes más originales de Marx, y los más pertinentes a su proyecto, pasan inobservados.

Debemos a Karl Marx el análisis de la forma del valor, que permite integrar conceptual y analíticamente los territorios recíprocos de la cataláctica y de la economía política clásica. Así como la ley de la gravitación universal newtoniana armoniza las leyes de la caída de los cuerpos con las leyes del movimiento de los astros, o como el principio de relatividad concilia entre sí los progresos que maduraron antes del siglo XX en campos hasta entonces diversos como la mecánica, la óptica, el electromagnetismo; asimismo el concepto marxiano de forma del valor unifica las leyes de la cataláctica con la ley fundamental de la economía política, la ley del valor.

La comparación termina aquí. La contribución de Newton, rápidamente aceptada por su época, sirvió de acicate a nuevas investigaciones y abrió perspectivas inéditas en todos los campos de las ciencias (incluso en la economía política). La de Marx tuvo una repercusión colosal, sin precedentes, durante todo el siglo XX (luego de un lapso inicial signado por la "conspiración del silencio"); pero sus conceptos fundamentales fueron rápidamente canonizados y uncidos a su función ideológica, y (como ya señalamos) ni partidarios ni detractores se ocuparon seriamente de ellos. No fueron, empero, estériles. El marxismo del siglo XX produjo lo suyo, pero partido en vertientes especializadas. La dicotomía misma conspira contra el espíritu de ese legado: una tradición abreva casi exclusivamente en las obras de Marx anteriores a la Contribución, otra reclama la "economía marxista", que interpreta y, en verdad, desarrolla, en clave ricardiana. La idea principal del gran proyecto científico está en hibernación.

Pero el proyecto mismo a la muerte del autor estaba todavía en un estadio incipiente, así en su concepción como en su ejecución. La integración conceptual de las que luego fueron "especialidades" más o menos dispersas hubiera requerido un desarrollo y una maduración mayor de la crítica de la economía política. Claro está que el problema no residía únicamente, ni mucho menos, en la dilucidación de los vericuetos dialécticos de la forma de la mercancía y su contenido, pero la tercera forma de la mercancía, descubierta y expuesta por primera vez por Marx, vale decir: la mercancía que necesariamente se escinde en mercancía común y mercancía dineraria, y dicho aún de otro modo: la subsunción completa de la cataláctica en la economía política, debía ser la base de la teoría del capital transformada.

Faltaba –y falta aún- un largo camino. Era menester que la historia del capital desplegara todavía en el terreno práctico su secreto más íntimo, a saber, las condiciones concretas para la transición al socialismo. Hoy, creemos que ya lo hizo, y el búho de minerva se apresta a levantar vuelo en el ocaso... del capitalismo. O, es tiempo que lo haga.

§

Pero es extraordinariamente sorprendente que el estado de desarrollo de la "economía marxista" (denominación de la cual el mismo Marx, creemos con certeza, hubiera hecho mofa) no es objeto de un debate importante en el siglo XX. La pregunta no tiene cabida en la dicotomía que enfrenta el pensamiento atascado de partidarios y detractores (que no admite grados ni progresos en el conocimiento, ni aportes de autores con los que no se coincide casi enteramente, ya que en definitiva se trataría de saber si Marx tiene toda la razón, o ninguna). Pero hay una excepción. A mediados de ese siglo el marxista japonés Kozo. Uno hace un balance de la economía marxista que en nuestra opinión sigue vigente: los marxistas

desarrollaron las consecuencias de la obra de Marx e hicieron contribuciones importantes en campos tales como la interpretación histórica y el análisis económico; pero ninguno se atrevió a profundizar críticamente en los conceptos fundamentales. La “ortodoxia”, entendida como apego a la letra, se convirtió en un obstáculo formidable para una ortodoxia basada en la fidelidad con el socialismo científico, vale decir, con el espíritu del proyecto concebido por Marx desde 1848.

Se sabe que con arreglo a su propósito Das Kapital está destinado a ser una “guía para la acción”. Hoy creemos que esa obra contiene principalmente un programa de investigación, para ser reiniciado y proseguido. Hay que enfatizar el carácter autotransformativo y abierto de este programa; Lukács habla aquí de un método, pero debemos precavernos de la ilusión (contra la cual advirtió Hegel) de un molde para el pensamiento científico, anterior a él. La misma ilusión se presenta en la forma de que la teoría y la práctica no son momentos de la praxis, sino que la primera es una “herramienta” que se “aplica” a la segunda. Pero el concepto (entendido como acción y efecto de concebir) forma parte de la praxis, y la praxis necesita teoría para apropiarse de ella; por medio del concepto, y en el medio del concepto; no para ser acción ciega-guiada, sino a la vez acción pensada, pensamiento relevante, revolucionario, praxis.

Sea como fuere, el marxismo del siglo XX arrastra un malentendido que tiene su origen en las primeras décadas que siguieron a la muerte de Marx, y hoy se torna patente, en retrospectiva. Ya entonces, el estado de desarrollo y madurez de su legado teórico es todavía demasiado incipiente para ofrecer, de manera directa e inmediata, una “guía para la acción”. La crítica iniciada por Marx no sobrepasa en su obra la comprensión de un sistema de capital no diferenciado. Pero la diferenciación del capital trabaja sin descanso en las entrañas del capital, y en el siglo XX, especialmente desde las guerras mundiales, cobra un ímpetu colosal, imprimiéndole a todo el sistema transformaciones profundas e irreversibles que tomarán un giro distinto del explicado –o explicable o incluso previsible- por la teoría del capital no diferenciado... Sin hablar de predicciones.

Sobre la naturaleza y las consecuencias de esos cambios no nos ocuparemos aquí. Anotemos solamente que las leyes de transformación del capitalismo originadas en el proceso de diferenciación del capital se expresarán a lo largo del siglo XX profundizando el abismo cualitativo entre los subsistemas nacionales de capital, tornándolo irreversible en el marco del capitalismo. Las diferencias en el desarrollo alcanzado por distintos países son patentes para Marx. No escapa a su observación que en 1848 que el ímpetu revolucionario de la burguesía alemana no hacía honor a sus antecesoras europeas y norteamericanas. De esa percepción profunda nace la consigna de Revolución Permanente, luego recogida por Lenin y Trotsky. Se explicará más tarde que la burguesía aprende a temer más a sus propios trabajadores que a sus enemigos ancestrales, la aristocracia terrateniente y la burocracia del Estado absolutista. Pero la explicación económica más profunda se oculta en las entrañas del capital y a la sazón permanece virgen de concepto.

Por cierto, es verdad que la burguesía alemana no está ni quiere estar a la altura de sus antecesoras: sabe que a la puerta de su tienda la espera el enterrador. Apenas tres lustros después de la muerte de Marx la deserción de la burguesía de la lucha por la modernidad política es un aper?u compartido por muchos discípulos de Marx. Bien pronto algunos rusos extraen de ello la consecuencia estratégica necesaria. El congreso inaugural de lo que sería más tarde el partido socialdemócrata ruso, celebrado en condiciones extremadamente precarias en 1898, en la ciudad de

Minsk, emitió un notable Manifiesto (modesta pero decorosa réplica del original de medio siglo antes). En él da testimonio de la diferencia entre las burguesías europeas del oeste y del este. A medida que se recorre el continente en esa dirección observamos, dice, que "la burguesía es cada vez más débil, más mezquina, y más cobarde, en el sentido político, y cada vez son más grandes las tareas culturales y políticas que tocan en suerte al proletariado".

Y añade: "La clase trabajadora rusa debe cargar sobre sus fuertes espaldas con la tarea de conquistar la libertad política, y así lo hará." El Manifiesto de Minsk anticipa con clarividencia el curso que tomará la lucha de clases en Rusia en los próximos 20
años. Pero a la vez ubica la lucha de clases en el eje Este/Oeste, que (con diversos eufemismos a-conceptuales como el de "centro/periferia", o la de Tercer Mundo, acuñada en Bangkok a mediados de siglo, como asimismo: subdesarrollo, Norte/Sur, países en desarrollo, emergentes, etc.) estará en el centro de los principales discursos (ideológicos, políticos, sociológicos, económicos, militares) de casi todo el siglo siguiente. Ahora bien, esta realidad concreta del sistema capitalista mundial: la diferencia profunda en el desarrollo y civilización de distintas economías nacionales, no es de suyo una novedad que aparece en la víspera del nuevo siglo. Tampoco lo es el hecho espantoso que en enormes regiones del planeta subsisten, en un marco ya plenamente capitalista, o incluso han sido implantados por el capital en regiones donde antes no existieron, sistemas de explotación espantosos y anacrónicos tales como la servidumbre, la esclavitud, pero llevados por la acumulación del capital a una escala y a un abismo de atrocidad que tiene como límite el genocidio.

Nada de eso es ignorado por Marx. El capitalismo y en particular el capitalismo industrial está destinado a desempeñar un papel decisivo en la creación la civilización moderna, pero la clase capitalista da señales tempranas de estar dispuesta a abandonar su compromiso con el progreso social, y a postrarse ante el Zar. La mirada retrospectiva de Marx las descubre en el prematuro agotamiento de la economía política burguesa. Se remonta a 1830, cuando ya la burguesía había conquistado el poder político en Francia e Inglaterra. "Desde ese momento la lucha de clases, tanto en lo práctico como en lo teórico, revistió formas cada vez más acentuadas y amenazadoras. Las campanas tocaron a muerto por la economía política científica. Ya no se trataba de si este o aquel teorema era verdadero, sino de si al capital le resultaba útil o perjudicial, cómodo o incómodo, de si contravenía o no las ordenanzas policiales. Los espadachines a sueldo sustituyeron a la investigación desinteresada, y la mala conciencia y las ruines intenciones de la apologética ocuparon el sitial de la investigación científica sin prejuicios".

Pero la teoría económica de Marx, hasta el nivel alcanzado en su obra escrita, no alcanza a dar cuenta del proceso interno del capital que lo conduce de un modo inexorable, progresivo e irreversible a la una estructura que hoy, en nuestros días, avanza rápidamente a su terminus ad quem... El potencial encerrado en su crítica de la economía política se puede medir recién ahora por lo lejos que quedó él mismo de realizarlo. Reside en su teoría del desarrollo de la forma del valor, cuya prolongación debió ser una teoría del desarrollo de las formas del plusvalor, y, por ende, de la diferenciación del capital, que nos brinda hoy la clave para explicar las transformaciones que preparan hoy una época de transición.

Lo cierto, empero, es que Marx no alcanzó a llevar su prolongación y profundización crítica de la economía política hasta el nivel de sus propias percepciones históricas

y políticas. Éstas, en efecto, descubrían y denunciaban señales de agotamiento político de la burguesía, anticipadas y encubiertas por la defección de la misma burguesía en el campo de la filosofía y las ciencias políticas. La economía política declinó después de la muerte de Ricardo, y viró hacia la apología pueril, compatible con la ideología optimista de la época; el capitalismo industrial, portador del progreso en general y de los nuevos patrones de civilización urbana moderna, al desbordar más allá de los primeros países desarrollados y derramarse a todo el planeta, arrollaría y disolvería las estructuras sociales retrógradas que encontrara a su paso. Marx no alcanza su propósito de descubrir y explicar la ley de transformación y por ende de transición del sistema a otro nacido de esa misma ley. No llega a decirnos si las atrocidades de la acumulación primitiva, de "la segunda servidumbre", de la esclavitud en el régimen de plantaciones en América para las manufacturas de algodón inglesas, los sufrimientos inenarrables de las masas campesinas y artesanales arrasadas por la competencia de las fábricas inglesas, quedarían atrás, en la marcha del sistema hacia su límite inmanente, o si ellas mismas constituyen ese límite.

No se puede atribuir a Marx, por cierto, un optimismo ingenuo, y sabemos que ha captado con nitidez los síntomas políticos del proceso de diferenciación del capital. Pero su crítica de la economía política no alcanzó a sobrepasar en esto a la teoría política clásica. Todavía cuando compone los prólogos al Das Kapital (ediciones primera y segunda) Marx espera que las leyes propias del desarrollo capitalista, esas "las leyes mismas" que se propone estudiar, "esas mismas tendencias que se imponen con férrea necesidad", etc., nivelarán el desarrollo de (digamos) la India con el de Inglaterra. "El país industrialmente más desarrollado no hace sino mostrar al menos desarrollado la imagen de su propio futuro".

El marxismo político de los marxistas del siglo XX abreva principalmente en las obras de Marx anteriores a la Contribución. Sin embargo no era allí, sino en la monumental crítica de la economía política emprendida en su período de madurez, donde debía encontrar sus fundamentos el socialismo científico. La "economía marxista", acorde con la ideología de la época, es Economics.

Puede parecer paradójico que debido a su incapacidad de subsumir críticamente la cataláctica, o en otras palabras, su ignorancia de la teoría marxiana de la forma del valor, y por consiguiente su total incapacidad de desarrollarla, el marxismo canónico se posterne ante la cataláctica, y quede apresado por ella sin crítica, cada vez que se enfrenta con problemas económicos concretos de los que debe dar cuenta. De nada vale que insista en la preeminencia de la instancia económica, del momento material, la "infraestructura", etc., como artículo de doctrina que se verifica concluyentemente en la objetivación consumada del valor que se valoriza, si no sabe penetrar en su concepto ni por tanto en su historicidad.

Así, las dos principales teorías de inspiración marxista que procuran dar cuenta de los cambios en las formas del capital que dominan la historia del siglo XX, a saber, la teoría del imperialismo y la teoría del capital monopólico, captan el momento cataláctico hipostasiado en sus efectos, como si éstos no clamaran por explicación. Es el caso de los monopolios, el Estado, la supremacía de unos estados nacionales sobre otros, la concentración y la centralización del capital, la "fuerza de acumulación", en el sentido de Hilferding, de unos capitales sobre otros. Analizan las formas que resultan de la diferenciación del capital, sin comprenderlas como formas de carácter necesario, sin encontrar su génesis en el nivel de los principios fundamentales a los que alude Kozo Uno, y por ende sin profundizar críticamente en

esos mismos fundamentos.

Esto no significa que pasaron del todo por alto los textos de Marx sobre la forma del valor: no es el caso de Rudolf Hilferding, no es el de Paul Sweezy. Pero los manejaron cual piezas acabadas, cajas negras selladas, listas para un ensamble sincrético, sin comprender que en la diferenciación de la mercancía, en la escisión de ésta en mercancía común y mercancía dineraria, estaba no solamente la clave de la etiología del dinero, ya descubierta por Marx (pero todavía sujeta a desarrollo ulterior), sino también y especialmente el secreto de la diferenciación del capital en capital simple y potenciado, en capital reducido y capital tecnológico, que debía dar cuenta de las transformaciones del escenario de la lucha de clases hasta los albores del siglo XXI.

Esas teorías, las primeras percepciones de que después de la muerte de Marx todavía se gestarían las condiciones de transición en las entrañas del proceso de acumulación del capital; la confirmación más allá de Marx de que en efecto el socialismo encontraría en la ciencia el fundamento de su estrategia, etc., yacen hoy olvidadas, a la espera de una nueva generación de trabajadores que las sepan poner en el concepto, a pesar de que nunca tuvieron la vigencia histórica que tienen hoy, ni tuvo la historia misma la vigencia que todavía tiene en ellas. Sólo que el presente vive aún en la ilusión de que esa obra fue concluida por los próceres del pasado, por lo que se les debe reverencia y homenaje, y nada más. El compromiso con ellos de las generaciones presentes no es el de continuar su obra ni, si es menester, reiniciarla. Ni, en suma, retomarla.

Es consistente con el mismo malentendido, y encaja bien en las tendencias tecnicistas del siglo, que cada profesional se ocupe de lo suyo. Que la teoría económica se divorcie de la política, que la economía marxista olvide el concepto de forma del valor que eleva a Marx sobre el horizonte de sus predecesores, y que la economía marxista sufra una regresión ricardiana, sraffiana. Se supone que las grandes líneas de la teoría definitiva están tendidas, y sólo resta perfeccionar detalles importantes, pero detalles al fin. La ciencia social “marxista” deviene así ella misma una especialidad a la izquierda del sistema y entra en las generales de la ley. La ideología del siglo tiene pensamiento bífido, pero único: se compone con dos discursos cerrados: uno falso, otro verdadero. Escoja usted cuál es cuál. Si su decisión no es libre es, al menos, voluntaria.

La fragmentación del campo marxista, a su vez, en “especialidades”, refleja de modo calamitoso la tendencia devastadora que desquicia y banaliza la ciencia social del siglo. La época del capitalismo tecnológico heredó la economía política de los siglos anteriores y puso la delicada tarea de interpretarla al cuidado de Procusto. Las piezas mayores de esa herencia, las obras económicas de Smith y Marx, recíprocamente antipódicas y sin embargo sorprendentemente afines, tenían algo en común, que sellará sus suertes respectivas durante el siglo XX. Los autores de ambas son hombres de gran cultura filosófica e histórica, que escriben su obra económica con una finalidad que trasciende su objeto.

Uno de ellos, edifica la economía política para hallar por ese medio los fundamentos naturales de otra ciencia. Ésta brindará al legislador y al gobernante una guía necesaria para su cometido, pues la providencia benéfica secularizada, la célebre “mano invisible”, obrará, sí, en beneficio de la humanidad, pero, adviértase: únicamente lo hará “en una sociedad bien gobernada”. El otro, un siglo después, inspirado ya en el horizonte de la revolución proletaria, inicia la crítica de la

economía política porque por medio de ella realizará la crítica del socialismo, transformándolo, imprimiéndole así carácter científico. En un caso la economía política sería la base de la Jurisprudencia; en el otro se convertiría en el fundamento científico de una estrategia socialista. Pero ambas, cada una en su polo social opuesto en la sociedad de clases, fueron secuestradas por gestores de sendas tradiciones interpretativas, distorsionadas sin piedad y amarradas a la noria ideológica, vale decir, al polo de una de ellas.

Smith quiso hacer la crítica de los mercantilistas, a quienes bautizó con ese nombre, y al intentarlo expulsó la cataláctica de la economía política. Marx, al iniciar la crítica de la economía política, a la que calificó de clásica, resucitó la cataláctica como un momento del concepto, en la teoría de la forma del valor. La cataláctica transformada críticamente y comprendida en la economía política se convierte en la teoría de las primeras figuras, o de las formas aparenciales, de la mercancía y el capital, y explica la forma mercantil del valor, la génesis del dinero, las formas capitalistas del plusvalor. Así como el rótulo de “mercantilistas” tiene el defecto de que desdibuja la continuidad de la cataláctica, y deja fuera a David Hume; así también el rótulo de “clásicos” tiene el defecto de que induce a soslayar la discontinuidad de la economía política, especialmente la diferencia entre los dos autores más importantes, Smith y Ricardo.

Estas limitaciones fueron funcionales al empobrecimiento de la escuela ricardiana, al proceso de deterioro en el que se incubó la preparación del clima que cuajaría en la década de los ´90. Cuando se toma en cuenta (siquiera modestamente, como lo estamos haciendo) la dialéctica entre continuidad y discontinuidad en la historia del pensamiento económico moderno, aquélla parece presentarse de otro modo. Ricardo, es verdad, continúa la obra económica de Smith, pero a la vez anticipa aspectos característicos de la cataláctica del siglo XX. Esto hace pensar que ni siquiera aquí hay sólo (ni acaso principalmente) discontinuidad. El puente más llamativo que une a Ricardo, por un lado, y a Marshall y a Edgeworth, por el otro, se llama Jeremy Bentham. Pero la afinidad no se limita al lado positivo, sino también al negativo: se obnubilan en Ricardo, y desaparecen en la cataláctica del siglo XX, la dimensión histórica y la filosófica que dan envergadura y vuelo a las obras económicas de un Smith, un Hume, un Marx.

Esa amputación afecta igualmente a la escuela neo-ricardiana del siglo XX, la cual converge con la corriente regresiva de la economía marxista. Intenta abordar los problemas irresueltos en Ricardo circunvalando a Marx. Pero se esmera en hacerlo sometiéndose a los patrones académicos estéticos y formales impuestos por la cataláctica imperante, que tolera e incluso exige la formalización matemática prematura de categorías y variables no suficientemente conceptualizadas. Por lo demás no transige con el “mainstream”, pero no critica a la cataláctica por ser únicamente cataláctica, sino que le reprocha ser cataláctica. Renunciando a superarla por medio de la crítica intrínseca, procura en cambio prescindir de ella de un modo abstracto y unilateral, lo cual la lleva a investigar la producción de mercancías y el capital ignorando la forma mercantil del valor y la forma capital del plusvalor. Así como los “neoclásicos” son en el fondo pre-clásicos, los neo-ricardianos son en verdad pre-ricardianos: su sello distintivo es la noción de valor, pero interpretan esta noción de un modo semejante a la que le atribuyen sus colegas que la rechazan; e igualmente superficial y desencaminante. Es suficientemente sintomático de esto el uso común de la expresión pleonásmica “valor trabajo”. Todos coinciden en que sus respectivas teorías son una “subjetiva”, otra “objetiva”, sin preguntarse cómo una dialéctica de las relaciones humanas

puede ser unilateralmente una cosa u otra.

En su comprensión del concepto mismo de valor el marxismo neo-ricardiano y la escuela neo-ricardiana permanecen pre-ricardianas, permanece por debajo del mismo Ricardo, ya que ignoran que (como enseña Ricardo) el valor sólo es predicable en el caso de productos reproducibles ("que se pueden multiplicar"). Pero su principal defecto aparece en su manera –ya señalada- de concebir la producción de mercancías sin prestar atención a la forma mercancía. El importante reproche de Marx contra la economía clásica les cabe enteramente, agravada por anacronismo: "Una de las fallas fundamentales de la economía política clásica es que nunca logró desentrañar, partiendo del análisis de la mercancía y más específicamente del valor de la misma, la forma del valor, la forma misma que hace de él un valor de cambio."

"Precisamente, prosigue Marx, en el caso de sus mejores expositores, Smith y Ricardo, trata la forma del valor como cosa completamente indiferente, o incluso exterior a la naturaleza de la mercancía". O ni siquiera como una forma exterior. Es el caso de la economía política regresiva.

§

La cataláctica del siglo XX supo sacar provecho oportuno de esa debilidad, y aún hoy medra con ella. Su triunfo fue desde un comienzo tan contundente que proyectó la ilusión de una creación ab ovo, como si la economía política clásica se hubiera eclipsado para siempre, y como si la primera cataláctica moderna nunca hubiera existido. Pero este prejuicio es herencia, por doble vía, de la economía política clásica y de la tradición canónica marxista, que a su vez compartieron y cultivaron una actitud casi invariablemente desdeñosa hacia la cataláctica mercantilista, sin distinguirla de las doctrinas prescriptivas de esa escuela, y sin advertir que una teoría económica básica suele estar asociada, en distintas circunstancias históricas, a políticas diversas e incluso opuestas (como lo atestiguan los avatares y las tribulaciones de las ideas de Locke, Smith, Ricardo, y hasta del mismo Marx). De la misma manera, ambas catalácticas tienen doble filo: el de la primera se comprueba en la brillante demostración brindada por Hume; el de la segunda debe concretarse en la nueva síntesis de la economía política, necesaria hoy, en el ocaso de la civilización capitalista, para abordar los problemas y las perspectivas inéditas de la economía de transición.

Está en la condición histórica de la crítica de la economía política que su continuidad se imponga a través de discontinuidades pronunciadas. Lo mismo ocurre con los grandes sistemas socioeconómicos, el capitalismo, el socialismo: su nacimiento está
precedido por un prolongado período histórico jalonado por arranques en falso, prematuros pero necesarios e inevitables, seguidos de derrotas catastróficas, y épocas de retroceso. El nacimiento definitivo de un modo de vida social debe estar anunciado y acompañado de una maduración considerable de las formas de vida y de conciencia que florecerán en la futura civilización. La crítica marxiana responde a las necesidades teóricas de la clase trabajadora después de las frustraciones de mediados de siglo y especialmente después de la derrota de la Comuna de Paris de 1871. Hoy, con el trasfondo de la débâcle de la Unión Soviética, pero en verdad después de la ruina del socialismo en Rusia desde los años 20, cabe nuevamente a la crítica de la economía política sacar a la luz las nuevas perspectivas de progreso histórico.

En el presente es necesario retomar la crítica iniciada por Marx desde el mismo punto de partida descubierto por él, a saber, partir de la noción común de mercancía y pasar al concepto de forma de valor; en el renovado punto de partida está todavía la vieja cataláctica, y hay una nueva que maduró durante un siglo: se trata de ver si ella puede facilitar hoy la tarea de descubrir y desarrollar las transiciones internas relevantes. Hoy como ayer, en suma, la crítica de la cataláctica precede (y preside) la crítica de la economía política.

Por sí misma la cataláctica es incapaz de brindar la comprensión cabal de la mercancía porque su objeto se circunscribe a la figura inmediata de la mercancía. Así lo entiende seguramente Marx cuando comienza Das Kapital por la Mercancía (a la que había dedicado previamente la Contribución); y se ocupa ante todo de la noción común de mercancía, de la "forma en que ésta se presenta" a (en) la experiencia ordinaria. Pero este primer paso hacia esa crítica, largamente meditado, no versa sobre toda la cataláctica desarrollada en tiempos pretéritos, de la que el autor tenía un conocimiento erudito y en la cual nadie como él hubiera encontrado las transiciones relevantes, vale decir, el concepto de Mercancía en estado naciente, grávido de contradicciones; arranca en cambio de la cataláctica enrarecida y residual que subsiste en la versión de Smith. Éste consagra su obra toda (comprendida la Teoría de los sentimientos morales) a la cataláctica, pero dice muy poco sobre la forma específicamente mercantil del intercambio "de buenos oficios".

El interés de Ricardo, y más tarde el de Marx, pasa mayormente por alto esa cataláctica abstracta. Pero si Smith no estudia la forma que revisten los objetos de ese intercambio cuando se convierten en mercancías, toma nota de la impronta de esa forma en toda la dimensión de las relaciones humanas; en una de sus agudas observaciones, encuentra particularmente significativa la distinción presente en el lenguaje ordinario entre valor de uso y valor de cambio, y señala confusamente en este último la polaridad que progresivamente Ricardo y Marx desarrollan más tarde, entre valor y precio.

El tratamiento extremadamente lacónico y circunstancial del tema en Ricardo es coherente con la ausencia del concepto de forma del valor en el horizonte teórico de este autor. Pero no lo es en Marx, cuya atención está centrada en este concepto, que él mismo descubre y es el primero en exponer. ¿Serviría mejor al propósito inmediato de Marx partir de una exposición más exhaustiva de la cataláctica? Entendemos aquí por propósito inmediato el de la primera sección del Das Kapital, al que atiende en particular en el primer capítulo, donde expone la forma específicamente mercantil del valor y la génesis del dinero. El despliegue ulterior de estos conceptos brindará articulación y vida a toda la teoría del capital. Ésta a su vez tendrá la misión de explicar la naturaleza del sistema de producción capitalista, sus leyes de ajuste y transformación, el desenlace de su desarrollo histórico, las condiciones de su nacimiento y su extinción histórica, a su vez para brindar la comprensión cabal de la economía de transición emergente del desarrollo capitalista, y todo ello, finalmente, para poner un fundamento científico en la estrategia socialista.

Con esa finalidad presente regresemos al propósito inmediato. ¿Cuál es allí la necesidad y el papel de la cataláctica? Puesto que la economía política arranca de la crítica de la cataláctica, el destino de ésta en aquélla es ser subsumida, internalizada, en la economía política. La cataláctica abstracta, unilateral,

corresponde a una etapa necesaria del pensamiento económico moderno, anterior a la economía política en el concepto y también en el tiempo. Su reaparición en el siglo XX es el signo del triunfo de la ideología, el cual es posible por el retraso catastrófico de la economía política. Las cosas se pondrán en su lugar, vale decir, la cataláctica en la economía política. Reaparecerá subsumida en las tres figuras de la mercancía y el capital (que expusimos en otro lado): primero como subsumiéndose (primeras figuras), luego como determinadamente anulada (segundas figuras), y finalmente como superada en y por una síntesis (terceras figuras).

Pero la cataláctica expuesta por Marx en el tramo inicial de su obra magna, para pasar de inmediato a las determinaciones del valor, es demasiado somera como para desarrollar transición alguna. ¿Acaso la cataláctica posterior a la muerte de Marx, puede ofrecer una dialéctica interna más necesaria, más rica? Desde la economía marxista se ha señalado repetidamente que posteriormente la cataláctica no ha evolucionado, sino que ha involucionado: se señalan sus endebles fundamentos benthamianos y se recuerda que por lo general a sus mismos expositores les resultan impresentables; se la acusa con razón de encubrir los problemas reales de la época con otros originados en sus propios artificios analíticos; se la tacha también con justicia de formalismo y banalidad, por el carácter etéreo y aparentemente extravagante de sus supuestos; se le recuerda que la
dicotomía micro/macro que ella se empeña infrucuosamente en superar, ya estaba resuelta de antemano en la economía política clásica. Añádase el “costo de oportunidad”, y, ¿qué se ganó con todo esto?

No poco, debemos responder, teniendo en cuenta que gracias a ella hoy es posible retomar el proyecto de Marx reiniciándolo desde su comienzo. Mucho, debemos añadir, si se reconoce que el retraso de la ciencia no está hoy en la cataláctica, que dio lo que podía, con sus defectos y, en parte, gracias a ellos; sino en la crítica de la economía política, que tiene que hacer lo suyo, todavía.